

**DOSSIER**

***Filologías latinoamericanas***

**SOBRE *LA DOBLE RENDIJA*:  
AUTOFIGURACIONES CIENTÍFICAS EN  
EL RÍO DE LA PLATA (2020) DE LUCIANA  
MARTÍNEZ**

**Julieta Vanney**

**Universidad de Buenos Aires**

*Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Fue adscripta de la cátedra de Literatura Inglesa de la UBA con un proyecto alrededor de la narrativa de Jeannete Winterson. Actualmente se encuentra cursando su Doctorado con una beca de CONICET que tiene por objeto el estudio de la experiencia migrante en la obra de Junot Díaz, Lina Meruane y Valeria Luiselli*

Contacto: [julietavanney@gmail.com](mailto:julietavanney@gmail.com)

Desde un punto de vista metodológico, *La doble rendija: autofiguras científicas en el río de la plata* (2020) de Luciana Martínez se divide en tres partes: una primera parte en la que la autora introduce el marco teórico y que delimita una serie de problemas para llegar a lo que llamará “*scientia* rioplatense”; un capítulo dedicado a Mario Levrero y sus formulaciones alrededor la *scientia*; y, por último, el capítulo dedicado a Marcelo Cohen en el que indaga sobre la *techné* cuántica y entrópica.

Martínez instala su reflexión en un espacio de indeterminación, entre los dominios de la ciencia, la religión y la literatura. Allí desarrolla una lectura a partir de la cual delimita la práctica literaria como un tipo de saber que permite acceder de una manera singular a lo real. De esta manera, se instala en un debate alrededor del lugar que se le ha asignado a la literatura luego de la división de las esferas del conocimiento en diferentes disciplinas. En esta dirección, pero del lado de la ciencia, el físico Alberto Rojo analiza una serie de artículos de Albert Einstein su libro *Borges y la física cuántica* (2013) y llega a la conclusión de que “En los trabajos más importantes del año admirable de Einstein confluyen la realidad y la ficción de un modo que no tiene precedentes en la historia del conocimiento. Esa confluencia solo es posible cuando la imaginación desdibuja los límites entre disciplinas como la ciencia, la filosofía y el arte, y cuando el pensamiento y la búsqueda de la verdad se conciben como una actitud única” (2013: 45). En consonancia con este planteo, uno de los puntos que se destacan en el libro de Martínez es el reclamo de la literatura como instancia epistemológica en contraposición a esa otra instancia habilitada que es la ciencia.

El experimento de “la doble rendija” es el hecho concreto del que parte. Porque se trata de un acontecimiento que le posibilita a la ciencia acercarse al plano de la ficción, a la vez que le habilita a la literatura un nuevo lugar de reflexión en lo que a la problemática de

la construcción de lo real respecta. En este punto Martínez hace una aclaración: en esta “división de tareas”, la Ciencia y la Filosofía pasaron a ocuparse de todo aquello que pertenece al ámbito de la síntesis espacio-temporal que percibimos a través de los sentidos, mientras que la literatura, en cambio, “se declarará soberana de aquel reino de lo inefable y se dispondrá a explorarlo por sus propios medios” (17). En otras palabras: la literatura elabora un tipo de conocimiento al que no es posible acceder a partir de la ciencia. Esto es así porque se encuentra mejor posicionada en relación con el no-saber que los discursos establecidos. Este punto señalado por Martínez es crucial, pues a partir de dicho experimento y del surgimiento de la física cuántica, el realismo de la ciencia comienza a acercarse al de la literatura, y la ficción pasa a ocupar un lugar privilegiado para la construcción de la realidad, en la que interviene también el observador.

Para delimitar este problema dentro de la serie literaria, Martínez inicia un recorrido que la lleva a remontarse al Romanticismo anglo-germano, al que considera el punto de inflexión que reúne una búsqueda estética con la mística y con la ciencia. Es por esto que afirma que toda literatura posterior que se dedique a los temas de la ciencia lo tendrá como referencia o, podríamos decir nosotros, *genealogía* –en el sentido que Michel Foucault lo recupera de Nietzsche<sup>1</sup>. Esto no es azaroso, puesto que, dentro de esta misma corriente, Mary Shelley le dio origen a *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818), cuyo argumento, ya extensamente conocido, hoy se considera que le ha dado origen al género ciencia ficción. Lo que se destaca en el libro de Martínez es que el Romanticismo sostiene una propuesta epistemológica sobre la literatura que es parte de una cosmología mayor: el anhelo de la conquista de infinitud. Conocimiento y literatura son, desde esta perspectiva, términos que se suponen. Pero se trata de un conocimiento que, a diferencia del planteo de la ciencia moderna, forma parte, a su vez, de un desconocimiento. La herramienta para acceder este conocimiento singular no es otra que la escritura: “La inherente pulsión

---

<sup>1</sup> Foucault, en su monografía sobre la genealogía nietzscheana, explica: “Buscar un tal origen, es intentar encontrar «lo que estaba ya dado», lo «aquello mismo» de una imagen exactamente adecuada a sí; es tener por adventicias toda las peripecias que han podido tener lugar, todas las trampas y todos los disfraces. Es intentar levantar las máscaras, para desvelar finalmente una primera identidad. [Aprender que detrás de las cosas existe] «en absoluto su secreto esencial y sin fechas, sino el secreto de que ellas están sin esencia, o que su esencia fue construida pieza por pieza a partir de figuras que le eran extrañas» (Foucault 1983: 10).

gnoseológica de la literatura romántica hace que la escritura pueda ser concebida como una forma de *scientia*, término en el que debe leerse una vuelta a la raíz etimológica de la que toda "ciencia" deriva", señala la autora. (52). La elección de esta palabra, que será clave en el planteo de Martínez, tampoco es azarosa: la palabra *scientia*, explica la autora, expone en su etimología una serie de relaciones que quedaron excluidas de lo que se consideró *el* conocimiento en la modernidad y, a su vez, supone una relación entre lo inasible, la ciencia y la religión que el Romanticismo recupera. Así, el acto de conocer supone una idea de creación activa, que no se detiene en un mero registro y acumulación de diversos datos. Por lo tanto, para la epistemología romántica, se considera conocimiento aquello que la imaginación puede crear. Así lo formula William Blake: "Mas a los ojos del hombre de imaginación la naturaleza es la imaginación misma [...] Estáis equivocado ciertamente al decir que las visiones de fantasía no se encuentran en este mundo; para mí este mundo es una incesante visión de fantasía o imaginación" (Blake citado por Cernuda, 1986: 28). La imaginación es el poder supremo en el hombre y en el mundo, porque la imaginación es la facultad de visión. En esta dirección, el Romanticismo propone, además, la formación de un tipo de sujeto: un yo que sirva de acceso al universo y que, a su vez, sepa cuál es el lugar que ocupa ahí. Genealogía a la que, indudablemente, podríamos agregar la estela averroísta que señala tanto Giorgio Agamben como Emanuel Coccia en su *Filosofía de la imaginación*.<sup>2</sup>

Por otra parte, la vinculación de los temas de la mística con explicaciones científicas es una cuestión que, tal como se encarga de demostrar Martínez, se encuentra ya presente en las reflexiones de Phillip K. Dick, así como también la autora lo encontrará presente en

---

<sup>2</sup> Giorgio Agamben en el estudio preliminar a la *Filosofía de la imaginación* (2007) de Coccia explica: "Para definir el averroísmo no basta con la proposición subversiva "no soy yo quien piensa lo que pienso", sino que es preciso integrarla al apéndice igualmente inopinado: "pienso irregularmente, con agujeros, con intermitencias". "El averroísmo enseña que la detención del pensamiento y su ausencia, y no su actividad continua e indefectible, son las que muestran su más verdadera naturaleza (ver p. 133). Sin embargo, no se entiende el problema del averroísmo si no se comprende que en estas intermitencias del pensamiento, en la imposibilidad de pensar que estas signan, radica su facultad más íntima y abstrusa, más fascinante y más odiada, la única que acaso define propiamente lo humano: se trata de la facultad de la imaginación" (15). En efecto, más adelante explica Coccia: "Serán entonces los propios fantasmas y las imaginaciones humanas, y no las cosas, los que definirán la verdad de los pensamientos. Antes que todo porque la experiencia propia de la razón no está constituida ya por cosas sino por imágenes, del mismo modo en que las formas existen cuando son pensables" (314).

las narrativas de Mario Levrero y Marcelo Cohen. Según Dick, los delirios y alucinaciones, producto de un estado de conciencia alterado, dan lugar a percepciones más exactas de lo real que no pueden tener lugar en el marco de una percepción normal. Esto es así porque, para Dick, el individuo necesita de un marco que ordene la percepción que, de otro modo, se le presentaría como completamente caótica. En consecuencia, el yo del sujeto se estructura de manera tal que "recorta sus posibilidades perceptivas" al tiempo que recorta su universo. Desde este punto de vista, la neurosis sería una mera herramienta que le permitiría al sujeto habitar el lugar en común. Así lo afirma Martínez: "La exploración de modelos explicativos alternos parece cubrir, al menos en la literatura, el deseo de una reformulación ontológica que tienda las bases para el advenimiento de un nuevo sujeto por venir" (84). Abandonar el estado de neurosis e ingresar en estados de conciencia alterados, implica un deterioro del sujeto que funciona en la cotidianidad, ya que la apertura de los sentidos conduce una serie de experiencias que lo abrumarían por completo. En esta dirección, se destaca que el artista, el filósofo y el hombre de fe son tipos de sujetos que, por medio de la escritura y la palabra, pueden acceder a un conocimiento de lo real a través de la ciencia de la parapsicología y la experiencia patológica.

Dentro de las ficciones científicas de la segunda mitad del siglo XX, Martínez encuentra las narrativas de Mario Levrero y Marcelo Cohen como una pieza clave porque articulan una serie de problemas que tienen lugar en una zona de indeterminación entre la literatura y la ciencia, alrededor del conocimiento de lo real, que son desplegados detalladamente en los primeros capítulos del libro. A su vez, en la narrativa de ambos autores se articula un intento acceder a un más allá del lenguaje por medio de éste, a partir de los estados psíquicos alterados y la afloración de las estructuras psíquicas profundas.

Martínez explica que, los sujetos presentes en las narraciones de Mario Levrero se encuentran en un umbral entre realidades, entre la vida diaria, la búsqueda de un equilibrio y la búsqueda suprasensible. La práctica literaria produce vértigo en los personajes de Levrero porque genera un deterioro del principio de realidad. La escritura, en este sentido, no es otra cosa que la búsqueda de la literatura como *scientia*, una exploración de lo real suprasensible. Es por esto que Levrero afirma que su literatura es esencialmente realista. Pero esta clase de exploración de lo real requiere de un estado de trance que

permita que el inconsciente aflore. Se trata entonces de activar prácticas que funcionen como *mancias*, rituales, que permitan alcanzar un total despojamiento y que dejen al sujeto permeable para la recepción de la literatura. La ficción, entonces, encarna una forma del autoconocimiento que excede los límites de lo subjetivo y se convierte en una especulación sobre los límites de lo real y la esencia humana.

En la narrativa de Marcelo Cohen, Martínez detecta una insistente indagación alrededor de la posibilidad de una comunidad por venir, conformada a partir de un nuevo tipo de sujeto, liberado de los mecanismos de sujeción y control del estado y de los relatos colectivos e individuales que los componen. Es a partir de la depuración del yo artificial, de la liberación del sujeto de la demanda social, que Cohen busca fundar una comunidad por venir, en la medida que abre una exploración de las posibilidades del sujeto. Según Martínez, la construcción del mito, de la ficción, en Cohen, crea realidad y es, a su vez, la base de todos sus textos literarios y ensayos. Cohen cuestiona los relatos a partir de los cuales se ha tratado de dar cuenta de la realidad. El relato literario opera de manera distinta porque "inventa para conocer y por ello lo distintivamente humano es (como en el romanticismo) hacer literatura" (158). La realidad es, para Cohen, una construcción por medio del lenguaje y, por lo tanto, la realidad de la escritura parece ser la única posible. El realismo, visto de este modo, consiste en una dinámica entre el fragmento y la totalidad, un proyecto siempre inacabado.

Hay una pregunta que, para Martínez, atraviesa tanto a Levrero como a Cohen (así como también a Dick): ¿Cómo salir de la neurosis y no caer en la desintegración esquizofrénica? La autora encuentra que la escritura en Cohen, y la escritura tal como aparece en *El discurso vacío* de Levrero, son dos instancias que coinciden en una búsqueda orientada al vaciamiento del yo. Pero señala una diferencia: en el caso de Levrero esta operación se orienta hacia una búsqueda de la literatura como *scientia* que culmina en un gesto melancólico hacia lo inefable y permanece, en definitiva, en un limbo; Cohen, en cambio, logra ir más allá: su narrativa posee una dimensión política que implica la posibilidad de pensar una ética de lo colectivo.

Nos acostumbraron a pensar que las ficciones científicas son aquellas en las que la literatura se apropia de los razonamientos, los conocimientos y de un tipo de discursividad propios de la ciencia. El planteo de Martínez en *La doble rendija* complejiza la ecuación: se

trata de pensar en distintos modelos de explicación de la realidad que se encuentran en disputa y, a su vez, replantear y redefinir las fronteras ubicadas entre espacios que se han presentado como convencionalmente diferentes. Lo que parece proponer Martínez es que la frontera entre literatura y ciencia en la segunda mitad del siglo XX no solo separa, sino que también articula espacios en los cuales la contaminación discursiva está en primer plano. En este punto, el planteo de Martínez resulta muy productivo ya que habilita un espacio para pensar distintas formas de acceso y construcción de lo que conocemos como real. La ficción, en consecuencia, no se opone a la realidad.

El análisis que desarrolla Luciana Martínez en *La doble rendija* presenta un planteo original de las problemáticas tratadas, a la vez que se constituye como una lectura imprescindible para quienes se interesen en profundizar en las distintas relaciones que se han establecido entre literatura y ciencia como instancias epistemológicas. En esta dirección, podríamos considerar que continúa trabajando en la misma línea que Sandra Gasparini en *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX* (2012). Así, la “autofiguración científica”, tal como se la trabaja en *La doble rendija*, pone en escena una serie de ficciones que sostienen la construcción de una lógica artificial en la que se pone un juego un modelo de realidad alternativo, que amplía en universo de lo que consideramos real. Se trata de una clase de escritura que construye nuevos mundos, nuevas propuestas realistas con una estructura propia, singular. La ficcionalización de la ciencia, tal como la analiza Martínez en Levrero y Cohen, encuentra, en definitiva, una finalidad: poner en escena nuevas formas de concebir al sujeto que permitan pensar un nuevo colectivo por venir, un estar-en-común.

## BIBLIOGRAFÍA

- CERNUDA, LUIS (1958). “William Blake” en *Pensamiento poético en la lírica inglesa*. Imprenta universitaria, México.
- FOUCAULT, MICHEL (1979). “Nietzsche, la Genealogía, la Historia”. *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta ediciones, 1980.
- ROJO, ALBERTO (2013). *Borges y la física cuántica. Un científico en la biblioteca infinita*. Siglo XXI: Buenos Aires.